

Peter Pan en la Universidad

Fernando Pérez González

Recuerdo un debate hace unos años en la televisión catalana entre el eminente filólogo Martín de Riquer, catedrático en la Universidad de Barcelona, y su hijo Borja, también catedrático en la Autónoma de Barcelona, sobre el pasado, presente y futuro de la Universidad. Contaba el padre: “En los años 40 cuando un profesor entraba en el aula decía: “buenos días” y los alumnos en pie respondían: “buenos días”. En los años 60, cuando el profesor entraba y daba los “buenos días”, los alumnos respondían: “eso habría que discutirlo”. Ahora, el profesor entra en el aula, dice: “buenos días”, y los alumnos copian “buenos días””.

La implantación de los planes de estudios de Bolonia ha servido para alargar aún más la cinta transportadora que ya llevaba a nuestros hijos desde la guardería hasta la salida del instituto. Una de las causas de esta dilatación es la “dictadura pedagógica”, esa que antepone la forma al fondo y que, una vez naturalizada en el Bachillerato, ha aprovechado la reforma para colonizar también la Universidad. Cada materia debe ahora disponer de una “guía docente” que coreografía con precisión cada movimiento del profesor y el alumno. El estudiante es apenas dueño de su albedrío porque debe ir cumpliendo pequeños hitos que en poco difieren de los tradicionales deberes escolares. Incluso, para conseguir una motivación suficiente entre los alumnos es habitual bonificar la ejecución de estas microtarefas, cuando no la mera asistencia a clase.

Para ayudar a estirar la cinta, y conscientes de las carencias de los egresados del instituto, algunas facultades del ámbito tecnológico han tenido que implantar un “curso cero”, en el que se imparten “todos aquellos conocimientos que un alumno debería poseer pero nadie se ha atrevido a explicarle”. Y la última ocurrencia de la que he tenido noticia en mi propia facultad es la puesta en marcha de “clases de refuerzo” para aquellos alumnos que han suspendido una materia en el semestre anterior.

Incluso los alumnos se quejan de que el sistema los trata con tanto paternalismo, que hasta se ha decidido mover el calendario académico para que todos--tanto los aplicados como los que no lo son--puedan disfrutar de sus vacaciones en agosto. No debería extrañarnos que, envueltos entre tantos algodones, muchos de nuestros titulados sean víctimas del conocido como “síndrome de Peter Pan”, que hace alusión al deseo de este personaje de no crecer nunca, y que se traduce en una negación de las responsabilidades consustanciales a la edad adulta.

Un breve pero atinado informe de la Real Academia de Ingeniería ponía hace un par de años el dedo en la llaga: “en no pocos casos, la implementación práctica del sistema de Bolonia lleva a tratar a los alumnos universitarios como niños o adolescentes, que se acostumbran a ir acompañados siempre del profesor o tutor, lo que les impide madurar hasta el nivel de adulto”.

No deja de ser paradójico, pues, que, mientras las universidades se llenan de peterpanes, hayan florecido decenas de iniciativas, arrastradas por la nueva moda por emprender, para que

los alumnos de los últimos cursos se conviertan en emprendedores. Ni que decir tiene que en muchos casos el efecto de estas iniciativas es prolongar aún más la cinta transportadora y la ilusión de Peter Pan. No puede ser casualidad que los espacios habilitados por las universidades a tal efecto se denominen “incubadoras”.